

ESTRUCTURA DEL DESEO Y PULSACIÓN DEL SUJETO

Una pregunta por la ética del psicoanálisis¹

NORBERTO RABINOVICH

El propósito de este trabajo es interrogar la posición de Lacan concerniente al alcance ético del psicoanálisis, posición que quedó plasmada en la pregunta *¿Has actuado en conformidad con tu deseo?*

Este aforismo funciona como un axioma que orienta nuestra clínica, pero ha dado lugar a diversas interpretaciones. Una de ellas, la más generalizada, deduce de ella que la ética analítica es una ética del deseo. ¿Cómo conciliar esta interpretación si aceptamos algo que representó un avance esencial de la conceptualización lacaniana acerca del estatuto del deseo, y es que *el deseo del sujeto es el deseo del Otro*? En el ámbito de la estructura resulta imposible diferenciarlos.

El deseo se constituye en dependencia a la demanda del Otro y apunta a un objeto que es el objeto del deseo del Otro, “objeto fálico”, instrumento del deseo y pieza de empalme entre el deseo del sujeto y el del Otro.

Sostener que la ética del psicoanálisis es la ética del deseo, ¿no estaría definiendo al análisis en una perspectiva moralizante? Actuar en conformidad con el deseo... del Otro, es el fundamento mismo del orden moral y religioso: "Hágase tu voluntad". Algo no funciona bien en este planteo de la cuestión.

Alguien podría objetar esta deducción lógica y alegar que el deseo al que se refiere la pregunta que estoy interrogando es lo que Freud reconoció como *deseo inconciente*, es decir un deseo que estaría *reprimido* precisamente porque no se ajusta al imperativo moral del sujeto. Acepto transitoriamente el argumento, pero... ¿cuando nuestro deseo o el que creemos nuestro se articula con el deseo inconciente para que cobre un valor propio? El aforismo freudiano sostiene que en un análisis se trata

¹ Trabajo presentado en la Reunión Lacanoamericana de Recife, Brasil. Octubre de 2001.

de hacer consciente nuestro deseo inconciente y esta operación acarrea una cierta desconsistencia de los mandamientos superyoicos. Bien. Pero con todo esto no se resuelve el problema suscitado por Lacan al afirmar que el deseo es el deseo del Otro. Será preciso recurrir a una distinción terminológica y conceptual existente entre ambos autores para salir del atolladero.

Lo que habitualmente denominamos “acceder al objeto de deseo” o “satisfacer el deseo”, ¿implica la dimensión del goce? A su vez, dicha satisfacción ¿es lo que en la teoría psicoanalítica se denomina “acto”? En Lacan la expresión *deseo inconciente* solo figura en muy pocas oportunidades y casi exclusivamente en los primeros años de su seminario. Después erradicó totalmente esa categoría de su vocabulario conceptual.

En la topología del sujeto que construyó Lacan, la estructura del deseo es algo diferente de la estructura de la pulsación inconciente. Lo que pertenece al inconciente en tanto reprimido se manifiesta por medio de los fenómenos de repetición. La expresión “pulsación del sujeto” se corresponde con la noción freudiana de “realización del deseo” (*Wunscherfullung*) y designa la realización del goce y no del deseo. Ambos términos son excluyentes. Lacan aclaró que si tiene algún sentido hablar de “deseo inconciente” es porque el eslabón que encadena el deseo del sujeto con el deseo del Otro permanece oculto. Oculto, ignorado, no reprimido.

Hay algo más que el sujeto ignora respecto de su deseo: la naturaleza última de lo deseado. La esencia de la neurosis consiste en formular en términos de demanda lo que concierne al deseo. Por mucho que esa demanda pueda ser satisfecha siempre deja un resto, ignorado e inalcanzable. El deseo se eterniza deslizándose detrás de todas las satisfacciones de la demanda como deseo que nunca alcanza su meta, como deseo indestructible. En ese resto reconocemos el estatuto del objeto *a*, una nada, un real como la causa ignorada del deseo. El sujeto desconoce la causa de su deseo pues el deseo apunta al objeto fálico, el cual solo aporta una representación simbólica e imaginaria, una máscara de lo real irrepresentable. Pero si el sujeto avanza hacia la cosa de goce ignorada que está detrás de la cobertura fálica, arriesgaría perder el objeto de su deseo. Entonces suena la señal de la angustia.

En ciertos momentos del análisis podemos constatar que el analizante experimenta el temor de ver desaparecer su deseo o, más precisamente, perder el objeto fálico que lo sustenta. Un oscuro vértigo, un inefable temor se apodera de él en circunstancias bien precisas, no cuando experimenta la presencia de su deseo sino cuando registra la posibilidad de pasar al acto de satisfacerlo. Como si esa satisfacción constituyera la amenaza de una pérdida esencial.

El deseo presenta, entonces, una estructura de doble cara: causado por la cosa de goce que falta... a) se dirige al objeto fálico que la representa y b) contiene su propio freno. El sujeto del deseo preserva su condición de deseante y retrocede ante el goce.

Siendo el deseo ante todo algo del orden de lo no efectuado, mal podríamos encontrar en él un apoyo seguro a la ética analítica. El nudo de toda cuestión ética se sitúa en la perspectiva del acto. El acento de la pregunta por la ética analítica habré de trasladarlo al registro del acto, interrogando la relación del acto con el deseo que le concierne.

Una formulación, también de Lacan, del mismo Seminario de la Etica, me resulta más ajustada que la de la pregunta presentada al inicio. Dice así: “*¿Has actuado conforme al deseo que te habita?*”. La prefiero porque elimina "tu deseo" y deja en suspenso si dicho deseo es de Uno o del Otro.

En la perspectiva elaborada por Lacan, el acto implica una repetición de lo real donde se alcanza la “**Befriedigung**”, la satisfacción del sujeto que es una manera de nombrar al goce. El deseo se detiene ante la barrera que lo separa del *más allá*. Cuando esa muralla es atravesada y se produce la **Befriedigung**, lo que opera es la pulsación del sujeto en un fenómeno que Lacan definió como “repetición en acto de lo real”.

La repetición de lo real- **Wiederholungsvang**- se inscribe subjetivamente como fracaso del Principio del Placer. El deseo de colmar el deseo del Otro resulta malogrado y al mismo tiempo que el sujeto del inconciente alcanza su realización, el ser del sujeto lo experimenta como castración.

¿Por qué es tan fácil de olvidar?, Se preguntó Lacan cuando en el seminario del fantasma abordó el estatuto de la **Befriedigung**.

*Es sobre lo que insistiré siempre, está allí (en la **Befriedigung**) todo el resorte de lo satisfactorio, en lo que por otra parte se traduce por castración.”²*

El sujeto retrocede, y por buenas razones, ante la posibilidad de atravesar la frontera que lo separa del vacío central donde, en su topología del sujeto, Lacan designó el lugar del goce. Retrocede en su acto para permanecer en el Principio del Placer al servicio de los bienes y asegurándose de un deseo.

Quiero subrayar la paradoja que resulta afirmar que en el análisis se trata de salvar el estatuto del sujeto deseante, salvarlo del peligro, como se dice, de resultar aplastado por el goce.

¿Acaso no enseñó Lacan que el deseo se asegura y se refugia en el fantasma? Precisamente la función del fantasma es la de preservar el deseo,

como imposible en la neurosis obsesiva,
como insatisfecho en la histeria,
y como precavido en la fobia.

El deseo y su correlato, el fantasma, - afirmó Lacan- constituyen ambos una defensa ante el goce. El analista no puede proponerse en relevo de esa función a menos que sostenga un gran malentendido.

A mi juicio, el error de la mencionada concepción teórica reside en identificar masivamente el registro del goce con las categorías de *goce fálico* y *del goce del Otro*. Siendo este último del orden imaginario, el Otro no existe, y el primero un goce enmarcado dentro del Principio del Placer y abastecedor de las exigencias narcisistas, ambas categorías dejan afuera el estatuto del goce que responde a la función de la **Widerholungsvang**. Paradójicamente, Lacan habló de goce, a secas, sin añadidos, del goce en singular como referente primordial de todos goces, siempre que hizo mención del campo del goce situado *más allá del goce fálico*.

La **Widerholungsvang** en Lacan, articula la función central del goce – función del *plus de goce* como empezó a nombrarlo en sus últimos

² J. Lacan. Sem. El fantasma. Clase 14

seminarios- con el goce del inconciente, que a partir del seminario Encore empezó a denominar el *Otro goce*, reverso real del *Goce del Otro*.

¿Que significa entonces la función de acotar el goce acordada al analista en la versión que estoy discutiendo? Si significara que el analizante debe renunciar al goce en exceso, a ese plus que debería faltar, a ese goce reprimido que repite la letra inconciente, la función del analista se daría la mano con la función del Principio del Placer. Pero si significara “acotar el goce fálico”, lo cual es más coherente con la ética analítica, habría que reconocer que dicho goce es el precio que el sujeto debe pagar en la consumación de su acto. El goce fálico es lo que se pierde cuando el sujeto no cede en el deseo y pasa al acto. De lo que se trata en un análisis, no es evitar, renunciar o acotar el goce sino confrontar al sujeto con su goce para que pueda hacer algo nuevo con él. El progreso en esta dirección determina un progresivo estrechamiento de las satisfacciones comandadas por el Principio del Placer.

En la terminación del análisis, Freud definió la posición de un sujeto, hombre o mujer, no dispuesto a ceder el falo para preservarse de la castración. En cambio Lacan define el fin del análisis por el viraje subjetivo de aquel que esta en posición de “*No ceder en el deseo*”, es decir de estar dispuesto a pagar el costo del acto, porque todo acto implica la repetición de la castración.

¿Cómo describir la posición de aquel que, asumiendo el costo, atraviesa la barrera señalada por la roca viva? Lo diría así: se trataría de un sujeto que está en condiciones de reconocer que el deseo que lo habita lleva la impronta de las marcas que insisten desde el inconciente. Marcas que lo anclan en un destino singular. Acepta que son marcas de Uno (del Uno de la existencia del inconciente) y no las del deseo del Otro. Uno pulsa, insiste, retorna y conduce al sujeto en la errancia infinita de una identidad irreductible. Hay algo de aceptación pasiva, en cierta forma femenina de entrega a la pulsación de las marcas del inconciente, y al mismo tiempo algo muy activo en lo que se refiere a la realización de los deseos que genera. El sujeto experimenta que “puede hacer lo que quiere” y ha renunciado a la misión de tapar el agujero del Otro. Esto último es lo que se experimenta con desgarró. Asumir que nuestra vida ya no sirve para que el Otro exista, es lo que se llama el dolor de existir.

